



EDITORIAL

Un grupo de adolescentes corre por el centro de la ciudad de Santiago. La policía los detiene por sospecha. Deberán permanecer detenidos hasta que se compruebe que no son culpables. Sin siquiera sospecharlo, vivirán una tarde en que la experiencia sobrepasará los paradigmas de las aulas.

En las últimas semanas, nuestra sociedad ha mostrado en la desconfianza su más profunda vulnerabilidad; producto nacional non grato y, sin embargo, ya cotidiano. Característica alarmante, si se considera que el desarrollo de las personas está vinculado inevitablemente a los procesos de interacción social en que ellas viven. No hay posible escapatoria. Lo cierto es que cada sociedad desde sus propios valores, va modelando prácticas y discursos. Desde ellos enmarca y define los campos de actuación, operando como verdaderos referentes.

La pregunta parece obvia: cuál es el grado de modificabilidad de la conducta y, de manera general, de la sociedad. Al parecer, responder a ello equivale a hacerse cargo del desafío de reformar las aulas, lo que, más que apelar a condiciones materiales, presume una fuerte modificación de las prácticas docentes. En este sentido, dada sus características, funciones y arreglos institucionales, la escuela es uno de los mejores espacios en los que se desarrolla el ethos. Empero, una empresa de esta índole supone la capacidad de plantearse críticamente ante nuestra historia y tradiciones. De otra forma, resulta casi imposible alcanzar una orientación radical de la vida, el vivir, situación básica en la que el hombre se encuentra.

De allí la necesidad de aclarar justamente qué significa pensar y especialmente que significa hacerlo desde un contexto pedagógico. Diálogos Educativos se ha enmarcado en esta tarea.

Ana María Soto B.
Profesora de Filosofía
Departamento de Formación Pedagógica
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE)